

jaque-rumor de gritos y lamentos y al parecer de carreras de hombres y caballos.

Empuñaron las armas, ocupó cada uno su puesto y esperaron con ánimo sereno y resuelto adaman la acometida del enemigo.

Pero transcurrió algún tiempo y no sólo no fueron atacados, sino que volvieron á reinar de nuevo la calma y el silencio.

Entonces se interrogaron los unos á los otros sobre las causas de aquel extraño suceso, que no acertaban á explicarse.

Algunos soldados pretendieron salir del fuerte y recorrer sus alrededores; pero el jefe del destacamento se opuso por temor á una sorpresa.

IV

Lució la aurora, renació la calma y el moreno confidente pudo dar á nuestros soldados noticia del suceso que tanto les preocupara la noche anterior.

El convoy de municiones, recibido por el enemigo, se había incendiado y el jefe insurrecto vengó el desastre aplicando á los encargados de su custodia un ejemplar castigo.

La catástrofe había causado numerosas víctimas y el enemigo, aturdido y amedrentado, había buscado refugio en lo más espeso de la manigua.

Causó la nueva gran alborozo entre los nuestros y cuando más entregados se hallaban á los transportes del júbilo, vieron avanzar, por entre la maleza, un hombre ennegrecido, la ropa hecha girones y el nazo vacilante. Y á quien al primer golpe de vista reconocieron todos.

Tenía ante su vista al cabo desaparecido que, haciendo alarde de tanta astucia como audacia, había sido el incendiario del convoy.

DANIEL COLLADO.

CRÓNICA

Mirando á Europa

Don Eugenio Sellés, académico ilustre y verdadero maestro del habla castellana, ha publicado en *El Liberal* una crónica tan hermosa por la forma como todas las suyas, en la que, con pretexto de agradecer á los franceses el propósito de bautizar una calle de París con el nombre de Emilio Castelar, revuelve la colada de nuestra historia y se complace en mostrar á propios y extraños todos los trapos sucios, que según su opinión hay en ella.

Flaco servicio nos presta el bueno de don Eugenio con esa exhibición que, ya que no de otra cosa, calificaremos de estemporánea.

Porque para repetir que Castelar fue una gloria española y aun una gloria universal, como con justicia se le ha calificado, no hacía falta sacar á colación lo mucho y muy malo que según el Sr. Sellés, hicieron

nuestros conquistadores en las cinco partes del mundo.

Quédanos sin embargo el consuelo de poder demostrar, con pruebas no menos irrefutables que las presentadas por dicho señor, que los conquistadores de otros pueblos fueron y siguen siendo tan despóticos, sanguinarios y crueles, como pudieron serlo los Albas, Spínolas, Almagros y Pizarros, y hasta cabe afirmar que algunos lo fueron en mayor grado, si se tiene en cuenta la diferencia de época en que unos y otros realizaron sus siniestras hazañas.

No fué una gacela Murat, ni es lord Kitchener un tierno corderillo.

Sin embargo, el primero ametralló á los españoles en los albores del siglo XIX, así como el segundo ha sido el azote de matabeles y transvasalenses, en las postimerías de ese siglo y en los primeros días del actual.

Podrá objetarnos el Sr. Sellés que lo hecho por los extraños no debe servirnos para justificar ni atenuar la conducta de los propios, pero si no nos sirve para eso, nos servirá para decir que no es España la única nación de Europa cuyas historias y leyendas se recuerdan como fatigosas pesadillas.

Que los verdaderos enamorados de la Madre Patria no pueden enrasearse con ese holocausto siniestro!

Todo lo siniestro que quiera el ilustre autor de la crónica *Camino á Europa*, podrán ser los hechos de la España conquistadora, pero al lado de aquella *leyenda tenebrosa que ha acumulado nuestro nombre en otras partes recordando triunfos de la gloria*, pueden y deben colocarse las páginas gloriosas poco ensalzadas ciertamente, que con ese mismo explosivo, supo escribir nuestra patria.

Las aguas del Bósforo y de los mares griegos temblarán todavía al recuerdo de las venganzas catalanas: toda la inmensidad americana, como dice el Sr. Sellés, nos hablará aun de Magallanes, de Pizarro, de Cortés, de Almagro y de Balboa.

Pero si nuestro espíritu guerrero, Europa entera se hubiese visto invadida por las huestes mahometanas sin nuestro Lepanto glorioso, no se hubiera visto libre de piratas el comercio europeo; sin nuestra batalla de Bailén, Napoleón no se habría hartado de sojuzgar naciones.

Muchos y muy vandálicos hechos llevarían á cabo nuestros predecesores, pero no les fueron á la zaga los holandeses, ingleses y franceses de aquellos tiempos.

No necesita ciertamente el maestro á quien tenemos el atrevimiento de dirigirnos, que le recordemos que la compañía holandesa de las Indias, tenía 800 bajeles destinados á la piratería, que en un corto número de años nos robaron ciento ochenta millones de libras esterlinas.

No hay pues, nación que esté libre de pecado, y no comprendemos por qué existen un gran número de españoles que se

complace en presentar á la nuesta, como el prototipo de todas las violentas.

Acariaciáramos hoy sueños imperialistas, tratáramos de abrir el sepulcro de Díaz de Vivar para el que ha pedido Costa, no sabemos cuántas llaves y candados, y comprenderíamos que exclamara el Sr. Sellés dirigiéndose á España: «Por ahí, por el camino de las escuelas, con el libro en la mano, por las glorias del arte, por el valor de la palabra y del pensamiento, por la vida intelectual, entrarás en Europa. No busques otra puerta; que el viejo Saturno las ha cerrado para tí.»

Miremos á Europa, Sr. Sellés, miremos á Europa y veamos si sólo con ese hermoso bagaje, se nos permitirá la entrada.

Esa Francia purificada de que nos habla usted, aumenta de día en día sus soldados y sus máquinas de guerra; la Gran Bretaña, pueblo el más liberal del mundo según cuentan, aspira al total dominio de los mares; la pensadora Alemania, cuna del socialismo, hace un guerrero de cada ciudadano; la poderosa Rusia, madre de Tolstói, multiplica sus legiones de cosacos; Italia, el pueblo artista, se codaa con las grandes naciones, no por su arte, sino por la importancia de sus hombres en armas.

Hoy más que nunca es el derecho arrollado por la fuerza, y ¡ay del pueblo que desconfía ésta, confiando en aqué!

No le habrán dejado á usted sordo los gritos lanzados por las naciones civilizadas, pidiendo justicia para las repúblicas sudafrieanas, brutalmente atropelladas en nombre del derecho... de la fuerza.

En la conducta oficial de las Naciones, los vocablos, derecho, moralidad y justicia, son palabras vacías de sentido.

Hay que vivir dentro de la realidad y ésta nos demuestra que está todavía muy lejano el reinado de Cristo.

Será muy cierto que solamente los triunfos de la inteligencia abrilantan los nombres y dejan limpio de rencor los corazones, pero no lo es menos que hay pocos pueblos que todo lo sacrificquen á lograr esa brillantez.

Por eso, el que estas líneas traza, sueña con una España muy pensadora, muy inteligente y muy artista; pero desea al mismo tiempo que sus compatriotas, dándose cuenta exacta de la realidad, caminen interín los humanos no cambien de conducta con el libro en una mano y el fusil en la otra.

DANIEL COLLADO.

Lo que dice la ciencia positiva

(Conclusión)

Cuando la ciencia abandonando las puras y serenas regiones de la especulación, desciende á la arena política y á nombre de verdades que dice indolidas de los hechos y comprobadas por la experiencia, traza á los pueblos y á los gobiernos reglas d.

conducta, pretendiendo el erigirse en maestra de la vida, la más vulgar prudencia aconseja que antes de emplear ó rechazar esa suprema dirección se examine la exactitud de sus afirmaciones.

En el presente caso, todo condena á rechazarla. La doctrina en que se basa todo razonamiento del señor Sales y Ferré que habla a nombre de la ciencia, no pasa de una mera hipótesis muy ingeniosa pero tan aventurada y falta de realidad como la del insigne Buckle; el procedimiento seguido para buscar su confirmación es por lo demás el mismo. Si fuera cierta en su aplicación á los organismos sociales esa ley biológica, como lo es para los individuos, si el término de la evolución de un pueblo, esto es la realización de su ideal, llevase consigo la muerte y la extinción del organismo social como lo lleva en todos los seres orgánicos, bastaría á una sociedad para asegurarse una eterna vida, el permanecer en estado barbarie, el no salir del *status quo*, el no traspasar jamás cierto grado inferior de civilización. ¿Puede darse mayor absurdo y negación más rotunda de toda ley progresiva?

Por lo demás el procedimiento, como decimos, seguido por Buckle y adoptado también por el señor Sales y Ferré no puede ser más anticientífico. Recorrer solo un período de nuestra evolución histórica y acumular hechos sobre hechos, ya favorables ya adversos, grandezas, miserias, descubrimientos, conquistas, pérdidas de territorios, batallas ganadas ó perdidas, y suponer todo ello realizado á impulsos del ideal religioso, es cosa fácil, probarlo es más difícil porque en la evolución histórica de un pueblo, en lo que constituye una civilización, entran múltiples factores que la integran y rigen y que no es posible omitir.

Acaso para explicar nuestra civilización que abarca un período de miles de años, que se extiende desde las inmigraciones aryas hasta la Reconquista, puede prescindirse de estudiar la influencia del medio, la constitución física del país, los orígenes y la formación de la raza que ha realizado esa evolución? La mezcla de sangre de arcos de celtes, pelagos, fenicios, bereberes, árabes, semitas y germanos con el elemento indígena, forman una raza histórica *sui generis*, recia, viril, enérgica, sobria, entendedora apta para vivir bajo todos los climas y enyo carácter moral y su intelectualidad están en armonía con sus caracteres físicos.

Las varias civilizaciones que han pasado por la península ibérica sobre todo la romana y la árabe y nuestra misma posición geográfica entre los dos mares de la civilización, la influencia de tantos elementos étnicos que en el correr de los tiempos elevan á España al punto más culminante de la cultura, cuando todas las naciones de Europa estaban envueltas en las tinieblas de la barbarie, explican sobradamente nuestras grandezas, así como los colosales empeños realizados durante el agotamiento de nuestras fuerzas y nuestra decadencia.

Ese ideal religioso, único tenido en cuenta por el señor Sales y Ferré, no existía, ni podía existir la unidad católica cuando España pagana, luchaba ya con el más poderoso imperio de la tierra y daba á Roma poetas, historiadores, filósofos, capitanes y emperadores llegando á ser un español por su cultura—como dice Lord Macaulay—á los ojos de un inglés lo que un ciudadano romano á los de un bárbaro del Norte.

Concluámos, pero no sin hacer notar que aparte de todo esto, domina en el dis-



Condenado á vivir siempre en batalla, pobre monarca D. Alfonso el Sabio, aunque vengza de moros la canalla, nunca disfruta de la paz de Octavio. El dolor que su espíritu avasalla hace brotar querellas de su labio, que siempre eterno torcedor inquieta esa vida infeliz del Rey poeta.

Sus cántigas resuenan y querellas en esta Villa en que por tiempo habita, aquí estudia observando las estrellas el mapa de la bóveda infinita. Por aquí deslizo sus reglas huellas, y en nuestro escudo su perfil milita; él asiste al nacer de nuestra historia... nuestra primera página de gloria.

Quiero evocar su olímpica figura que el manchego recinto aun ilumina, recinto de grandezas de hermosura, que construyó su mente peregrina y que llegaron á la edad futura y hoy amenazan dolorosa ruina, como si de extinguir hubiera empeño del pueblo, huellas del que fué su dueño.

LA PUERTA DE TOLEDO

CANTO PRIMERO

Como un fantasma de pasadas glorias que alienta tras periodos seculares y guarda silencioso las memorias de un pueblo con sus dichas y pesares, que vió generaciones transitorias desde el primer albor de nuestros lares, La Puerta de Toledo aún desafia del tiempo destructor la acción impía.